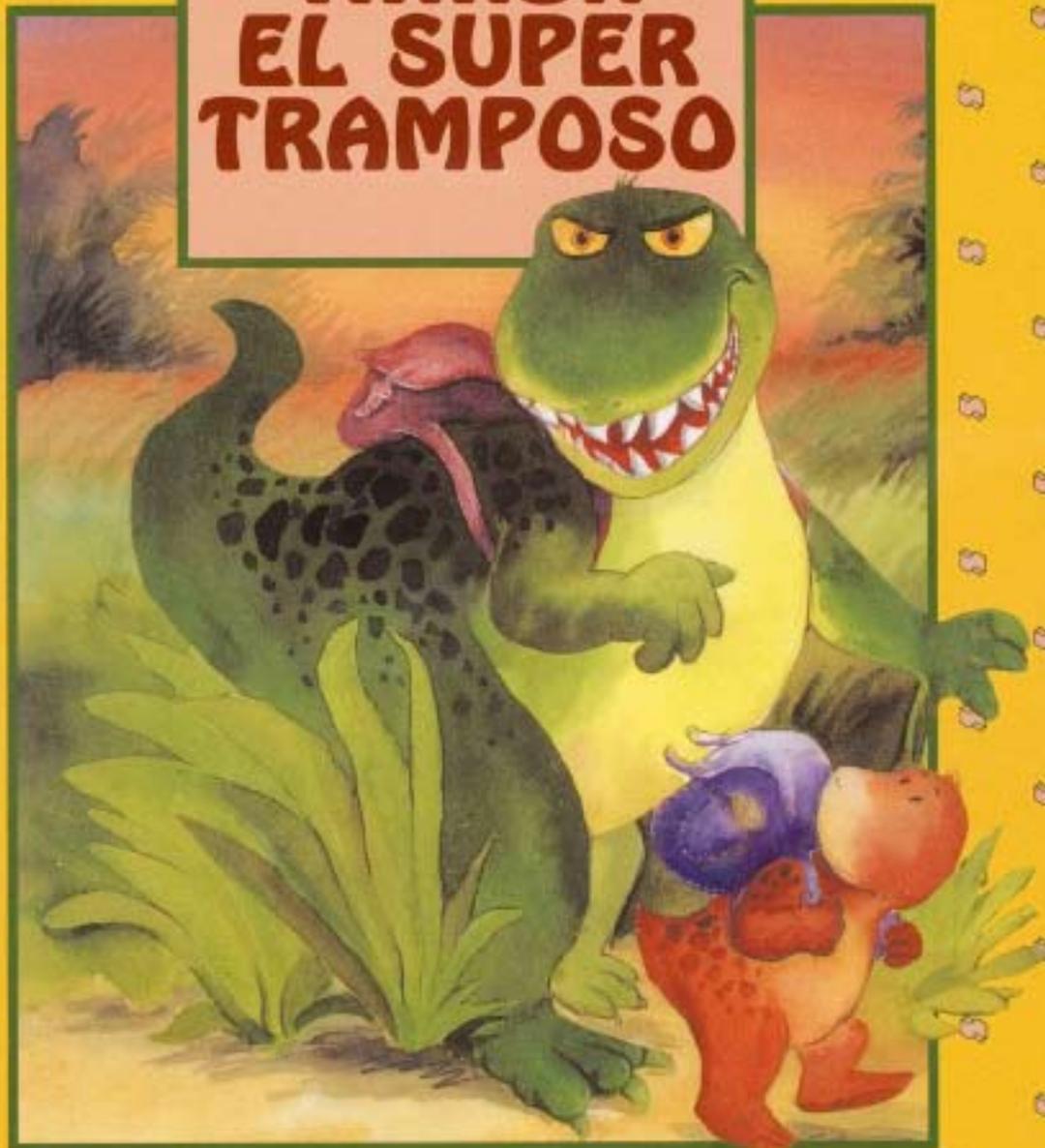


Editorial Andrés Bello

Hans
Wilhelm

TAIRON EL SUPER TRAMPOSO



TAIRON

EL SUPER TRAMPOSO



Texto e ilustraciones de
HANS WILHELM



EDITORIAL ANDRES BELLO



Bonifacio era un pequeño dinosaurio.
El y sus amigos iban a ir a la Isla del Pantano por una semana.
Allí comerían, jugarían y, también, dormirían bajo las estrellas.
Todos estaban muy felices. Todos, menos Bonifacio.
¡Tairon, su peor enemigo, también iría!
Tairon el Horrible, como lo llamaban,
era famoso por los enredos que armaba. Montones de enredos.

Tairon era sólo un niño,
pero era mucho más grande y tenía más fuerza que los demás.
A nadie sorprendió que ganara el primer juego
con tanta facilidad.



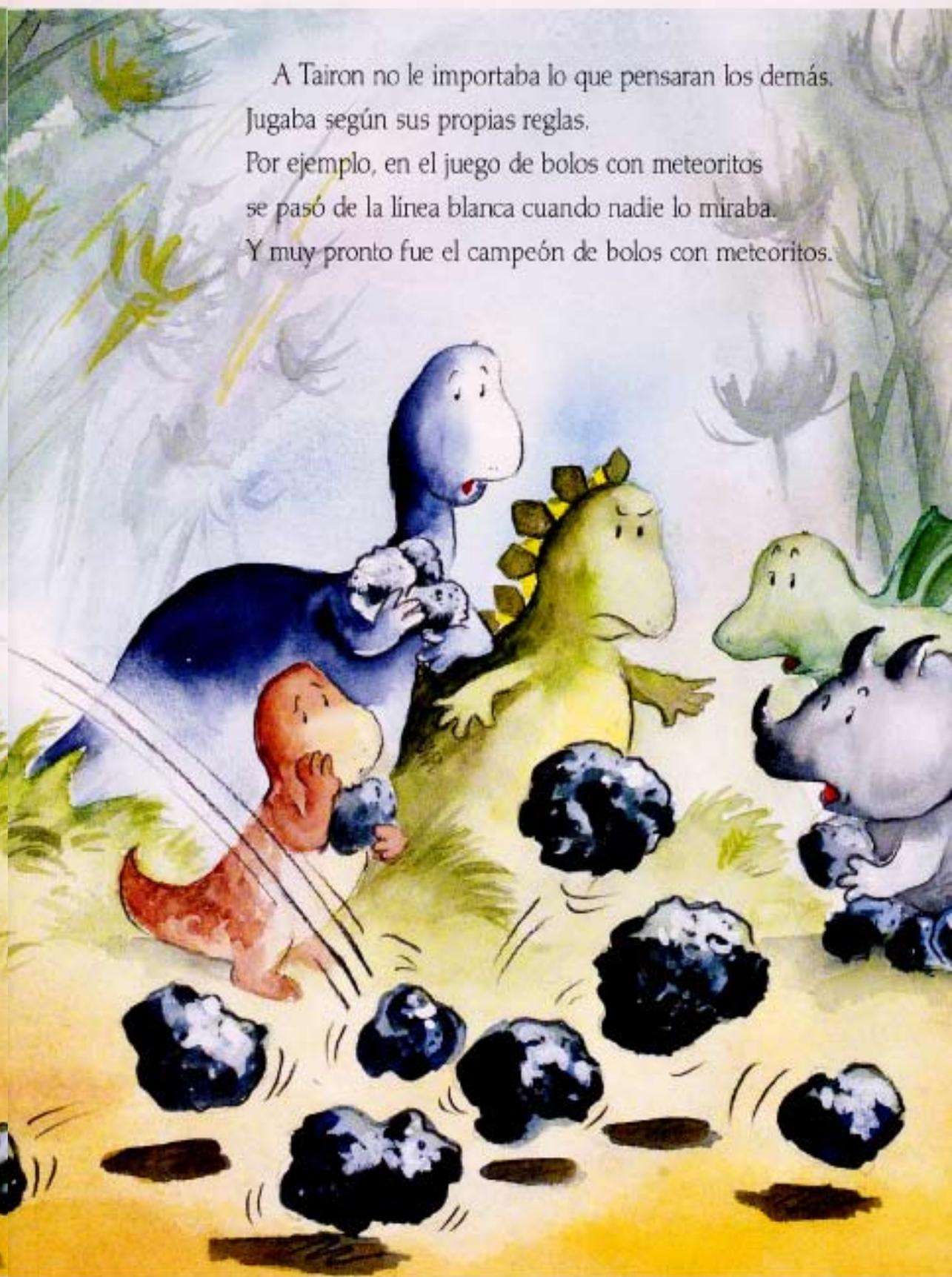
Jugaron muchos otros juegos que no exigían
ser más alto ni tener más fuerza.
Pero Tairon ganó todas las veces.

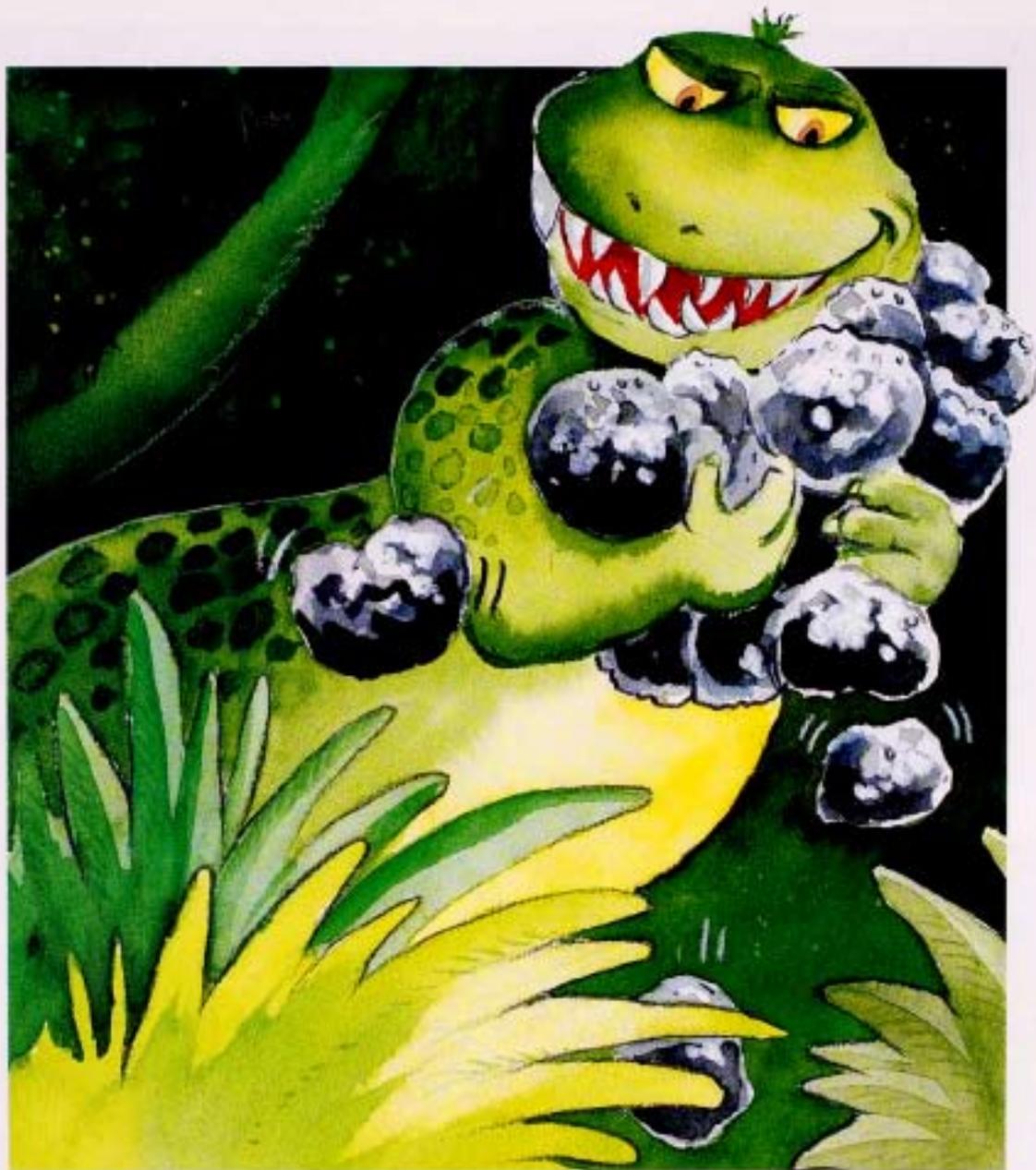
"Algo anda mal aquí",
pensó Bonifacio.





A Tairon no le importaba lo que pensarán los demás.
Jugaba según sus propias reglas.
Por ejemplo, en el juego de bolos con meteoritos
se pasó de la línea blanca cuando nadie lo miraba.
Y muy pronto fue el campeón de bolos con meteoritos.





"Ja, ja, ja" -se reía Tairon-. "Hacer trampas es fácil, siempre que nadie se dé cuenta."

Bonifacio y sus amigos estaban muy molestos.
Tairon les había ganado todos sus meteoritos.

-¿Cómo lo habrá hecho? -preguntó Estéfano, moviendo la cabeza.

-¡Estoy seguro de que hizo trampas! -respondió Fabián.

-Yo también lo creo -dijo Bonifacio-.

La próxima vez lo vamos a vigilar mejor.

Tenemos que pillarlo con las manos en la masa.





El juego siguiente era la gran carrera de huevos de dinosaurio. Era el preferido de Bonifacio. En la recta final, Bonifacio llevaba la delantera, seguido muy de cerca por Tairon. De repente, Bonifacio tropezó y cayó sobre algo grande y verde. ¡Era la pata de Tairon!

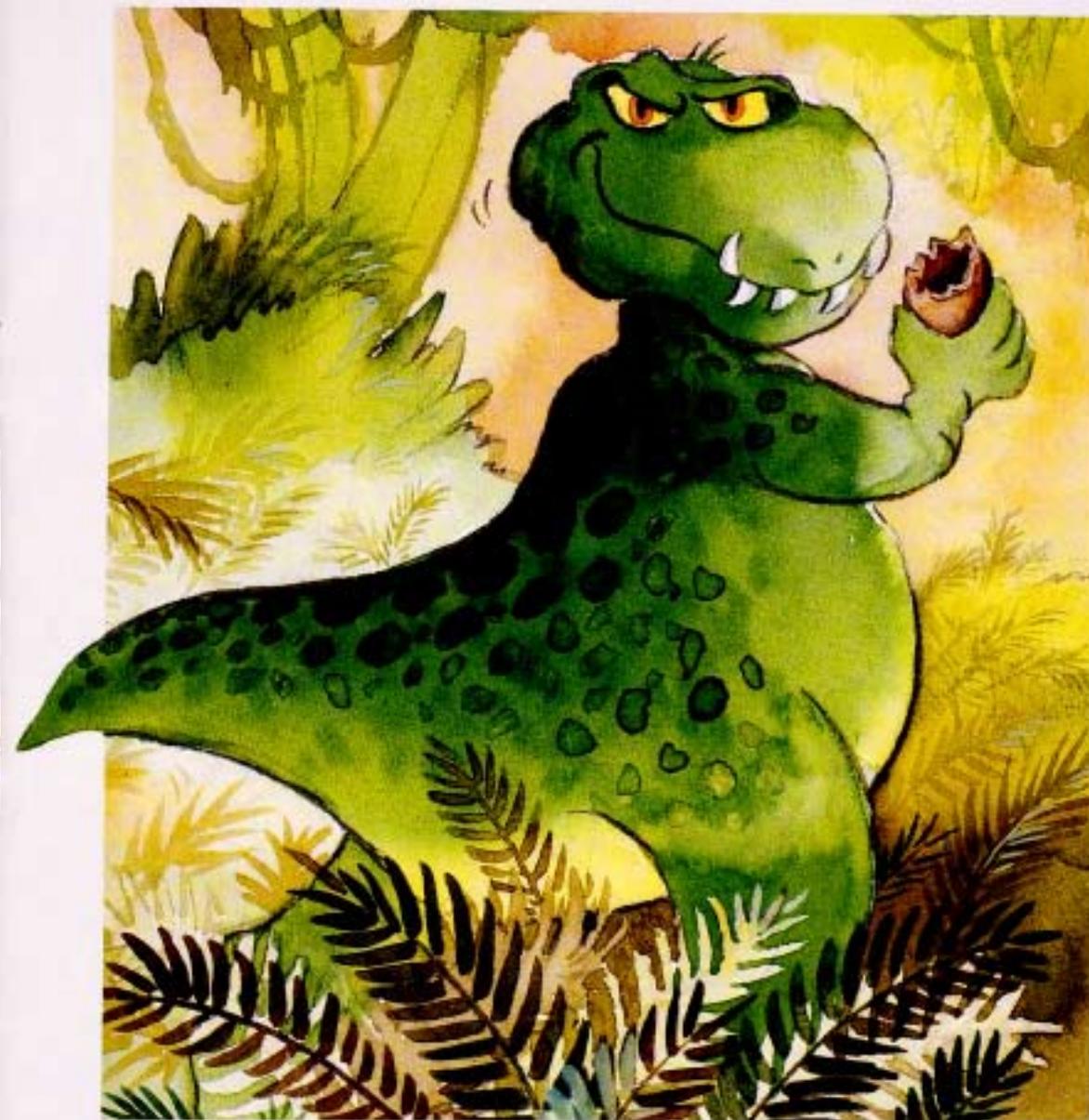


-¡Rata asquerosa! -gritó Bonifacio. Pero Tairon ya cruzaba la meta con una enorme sonrisa en su cara.





-¡El no es el ganador! -dijo Bonifacio a sus amigos-.
¿No vieron la zancadilla que me hizo?
Pero nadie lo había visto. Todos habían estado muy ocupados
vigilando los huevos.
Por supuesto, Tairon juró que no había hecho nada malo.
Y entonces tuvieron que darle el primer premio:
un delicioso huevo de chocolate.



Otra vez Tairon se sentía el triunfador.
"Sí, es verdad, hacer trampas resulta siempre.
¡Sólo hay que decir una mentira bien gorda!"



-¡La carrera de sacos! -anunció Dulcelina.

-No cuenten conmigo -dijo Bonifacio-

No voy a jugar más con Tairon.

Ninguno quería jugar con Tairon.

Pero Dulcelina dijo:

-No sean tontos. Nadie puede hacer trampas en una carrera de sacos. Y el ganador se lleva el mejor de los premios: un gran dinosaurio de chocolate.

Todos querían ganarse el dinosaurio de chocolate y muy pronto comenzó el juego.

Pero, créanlo o no, Tairon llegó primero otra vez.



Tairon se fue lejos para gozar el premio solo.
Pero esta vez, Bonifacio lo siguió
y descubrió su secreto.

¡El saco de Tairon estaba abierto por abajo!
El no había saltado como los demás:
había corrido la carrera.

-¡Tramposo, cochino, asqueroso -le gritó Bonifacio-.
Devuelve ese dinosaurio de chocolate.
No te lo ganaste.



Entonces Tairon se puso más antipático.
-Cállate mejor, cabeza de lagartija -contestó-.
Si dices una palabra sobre esto,
te romperé todos los huesos.



Pero Bonifacio les contó todo a sus amigos.

-¡Ya no aguanto más a este bruto!
-dijo, pateando en el suelo.

-Pero, ¿qué podemos hacer? -preguntó
Dulcelina-. Tairon es tan grande y tiene
tanta fuerza.

-Si Tairon no puede jugar limpio -dijo
Bonifacio-, no lo dejaremos seguir jugando.
Tengo una idea: juntémonos esta noche
después de que Tairon se vaya a dormir.





Esa noche, junto a una fogata, Bonifacio les contó su idea a sus amigos.

-Escuchen todos: este es un mapa de la Isla del Pantano y en este lugar enterré una sorpresa especial.

-¡Hurra! ¡La búsqueda del tesoro! ¡Qué buena idea! -exclamó Estéfano-. ¿Y cuál es la sorpresa?

-No puedo contártela. Es un secreto -dijo Bonifacio-. Tendrán que esperar hasta mañana. La búsqueda del tesoro comienza temprano por la mañana.

-Pero no le digan nada a ese tramposo de Tairon -agregó-. No quiero que eche a perder la sorpresa.



Bonifacio no lo sabía,
pero Tairon había escuchado todo.
Y él no pensaba esperar
hasta la mañana siguiente.

Más tarde, esa noche,
mientras los demás dinosaurios dormían,
tomó el mapa y una pala...



... y se deslizó en la oscuridad.

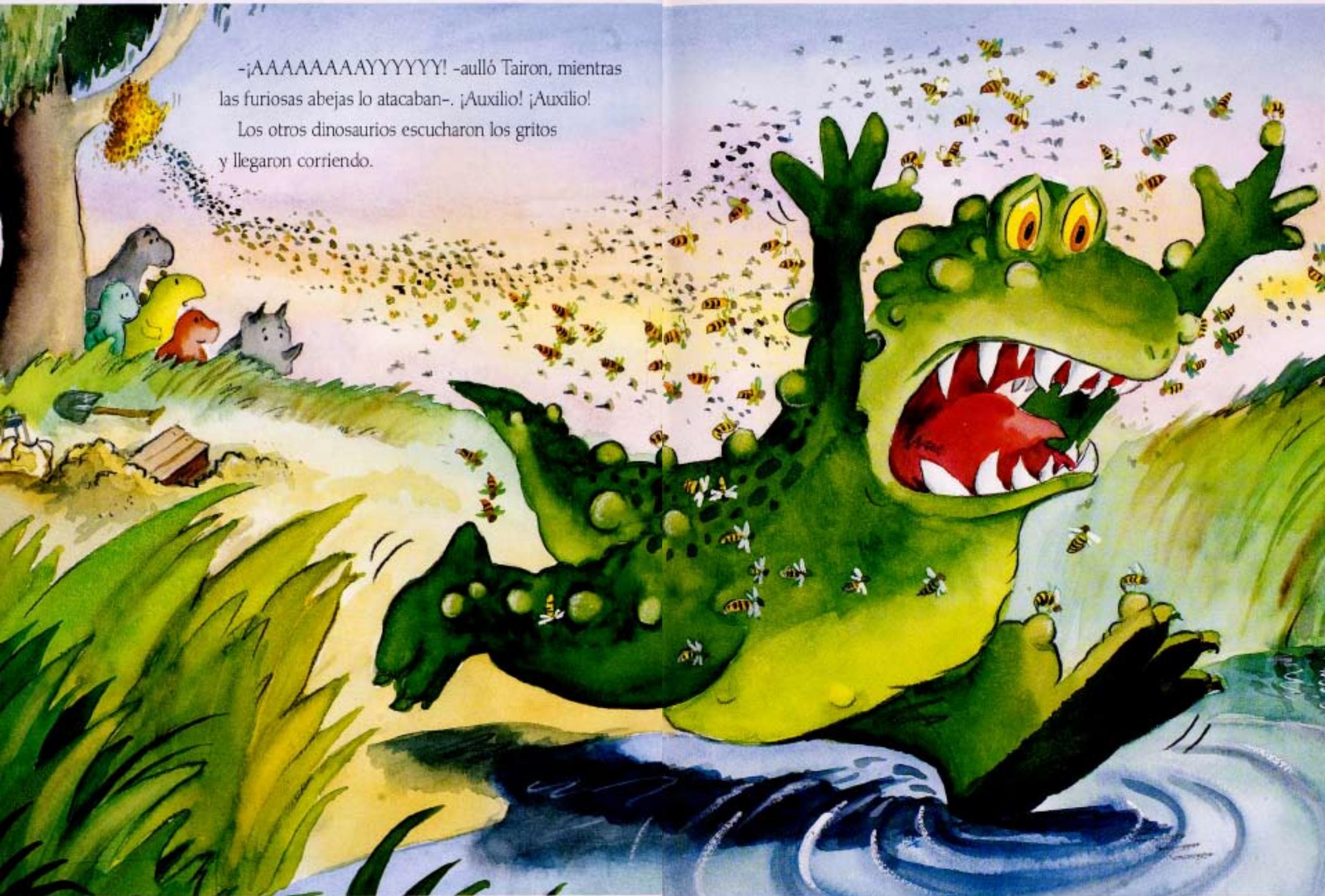


El sol estaba a punto de salir
cuando Tairon encontró el lugar.
-¡Ajá! -exclamó-. Gano otra vez.
El tesoro será mío. ¡Todo MIO!



Tairon empezó a cavar
enérgicamente.
Pero no se fijó dónde estaba
tirando la tierra.
No vio el enjambre de abejas
detrás de él
hasta que fue demasiado tarde.

-¡AAAAAAAAAYYYYYY! -aulló Tairon, mientras
las furiosas abejas lo atacaban-. ¡Auxilio! ¡Auxilio!
Los otros dinosaurios escucharon los gritos
y llegaron corriendo.





Cuando vieron el mapa y la pala,
supieron lo que había pasado.

-Tairon trató de que perdiéramos otra vez
-dijo Dulcelina-

Quería toda la sorpresa para él.

-Y se ve que se llevó una buena sorpresa
-dijo Bonifacio sonriendo.





Esa tarde hubo una gran fiesta en la Isla del Pantano.
La caja del tesoro estaba llena de fuegos artificiales.
Bonifacio y sus amigos gozaron de un fabuloso espectáculo.
Pero Tairon no estaba contento. Le dolían tanto las picadas
de las abejas que tuvo que quedarse en el agua toda la noche.